

Algún día la ciencia puede llegar a tener la vida del hombre en sus manos y, haciendo estallar el mundo, la especie humana puede incurrir en un suicidio colectivo.

Henry Adams

Esta novela nació de una serie de preguntas que me hice acerca de la necesidad que tiene la especie humana de aprender sobre todo lo que le rodea y sobre el miedo que eso genera en ciertos sectores. Pienso que es un deseo legítimo que no se debe reprimir porque es necesario conocer el mundo en que vivimos y las posibilidades que ofrece. Lo que lo convierte en peligroso es el fin que muchas veces se da a lo que se descubre. Cuando el afán de poder se impone a la necesidad de saber, la ciencia corre el riesgo de convertirse en una herramienta al servicio de los tiranos.

En principio esta historia se podría clasificar como una novela de ciencia ficción, aunque puede que lo que cuenta esté mucho más cerca de lo que imaginamos, y hasta es posible que haya científicos que estén investigando en algo muy parecido a lo narrado.

La caja de Pandora

Aquellos que nos dedicamos a la ciencia como un fin en sí misma, y no como un medio para vivir, tenemos asumido que vamos a pasar la mayor parte de nuestra vida estudiando, y que nunca llegaremos a la meta porque no existe. Buscamos la manera de obtener información, procesarla y realizar experimentos con el objetivo de descubrir algo trascendente que antes no se haya hecho. Algo que pueda contribuir a cambiar el mundo en que vivimos. Creemos que el reconocimiento al esfuerzo llegará si damos el paso que otros no pudieron, aunque no debe ser el fin principal que nos mueva porque la sombra del fracaso siempre nos perseguirá hasta avasallarnos. Mientras el gozo a la hora de estudiar suele producir sabios, la excesiva obsesión tiende a crear enfermos, y la frontera que los separa puede ser tan fina como el papel de fumar.

De tarde en tarde, alguno de los estudiosos tiene la fortuna de dar con algo nuevo, que en determinadas circunstancias se puede convertir en excepcional; aunque no todos los descubrimientos suponen un avance para la humanidad. También puede darse el caso de que ese hallazgo, si se utiliza con fines perversos, pueda desencadenar una tragedia. Aquel que abra la caja de Pandora, y no pueda controlar los males que en ella se guardan, estará obligado a penar mientras viva por su osadía.

Yo no he inventado un mecanismo trascendental para la ciencia. No era mi fin, pero los que tienen el poder piensan que sé casi tanto como su creador; y, en cualquier caso, he estado más cerca que nadie que esté vivo y he visto más de lo que debía. Eso es lo que me hace peligrosa, o me convierte en

una presa de caza muy cotizada, según se mire. Si yo estuviera libre, no tardaría en ser raptada, tanto por aquellos que lo harían en nombre del bien, como por quienes desean acaparar el conocimiento para hacer el mal. Los pocos que conocen mi situación piensan que sería más conveniente que estuviera muerta, porque puede que ellos también dejaran de correr peligro, pero se han comprometido a darme una nueva vida en la que la vuelva a ser una mujer libre, aunque muy diferente a la que fui.

Estoy encerrada en un sitio que no sé dónde se ubica, aunque no estoy en la cárcel, pero no puedo salir ni hablar con nadie que no esté autorizado. Dicen que pronto saldré, incluso antes de que termine de contar mi historia tendré una nueva vida y un destino, pero no sé dónde iré ni lo que haré. Marta Ibáñez ya no existe, y su cadáver reposa en el cementerio. No soy hija de Dionisio y de Carmen, ni nací hace cuarenta y un años en un pueblo de La Mancha. No estudié medicina especializándome en psiquiatría, ni realicé una tesis doctoral sobre psicopatología inducida por sugestión después de completar también la carrera de psicología. Yo no compartí parte de mi vida con Román, ni me separé de él cinco años más tarde porque los trabajos que desempeñábamos fueran incompatibles cuando ninguno quisimos sacrificar nuestra carrera por el bien común y para crear una familia. Ya no sé quién soy; ni, mucho menos, quién seré si consigo salir viva de mi encierro. Mientras espero que llegue la oportunidad de tener futuro, voy a contar lo que pasó cuando comencé a buscar respuestas para las preguntas que nunca debí hacer.

Aquella mañana primaveral me desperté cuando los primeros rayos de sol incidieron en mi cara tras filtrarse por las rendijas de la persiana. Después de levantarme y tomar un primer café recalentado, encendí el ordenador para leer la prensa digital y

para consultar mi correo electrónico. Desde hacía algún tiempo se había convertido en la rutina con que comenzaba cada día. En la red encontraba buena parte de la información que necesitaba para desarrollar mi trabajo. Al consultar uno de los periódicos, me detuve en una noticia sobre un crimen cometido en Madrid el día anterior. La reseña decía que un ejecutivo de una empresa de seguros se había abalanzado sobre un policía, le había quitado la pistola de la funda y le había disparado dos tiros antes de que otro agente que estaba a pocos metros le hubiera acertado en el corazón. En el artículo se comentaba que los responsables del caso no encontraban motivos que pudieran justificar ese arranque de locura. Los testigos del suceso habían declarado que no existió una provocación que justificara tal reacción y que el hombre se había acercado al policía con aparente amabilidad, como si quisiera hacerle una consulta. Más adelante, se especulaba con la posibilidad de que se tratara de un episodio de trastorno mental transitorio. Después consulté otros medios informativos donde no se aportaban datos diferentes que completaran la noticia.

Como profesional de la psicopatología, me surgieron muchas dudas, pero la información era escasa para hacer conjeturas, y estaba acostumbrada a que se apelara a la locura cuando no se podía explicar un crimen desde la lógica que manejaban los policías y los periodistas. En cierto modo, mi trabajo consistía en desglosar esa palabra en múltiples categorías y buscar el modo de hacer frente a cada una de ellas, ya fuera mediante tratamiento médico, terapia o reclusión, cuando fallaban las otras opciones.

Un par de días más tarde tuve que asistir a una mesa redonda que organizaba una fundación científica financiada por una entidad bancaria. Participaba junto a otros tres colegas especializados en diferentes tipos de trastornos psíquicos.

Considero que esos actos no siempre son enriquecedores, pero le venían muy bien a mi economía para disponer de fondos con los que seguir profundizando en mis estudios. Me costaba llegar a fin de mes con cierta holgura con lo que ingresaba desde que había pedido la excedencia para escribir un libro y seguir investigando, a pesar de que hacía muchos años que me había acostumbrado a vivir sin lujos. Por fortuna, disponía de ahorros generados por los años que había trabajado en distintos organismos públicos, y podía contemplar el futuro cercano sin excesivos agobios. Y en el peor de los casos, siempre me quedaría el recurso de recuperar mi plaza de funcionaria como psiquiatra forense, que era un puesto muy bien pagado, aunque poco gratificante.

A esas charlas solían asistir estudiantes de cursos avanzados y algunos profesionales de la psiquiatría y psicología. Supongo que estaban más interesados en establecer contactos o en mejorar el currículum, que por el propio interés que suscitara lo que fuéramos a debatir los especialistas invitados a esos encuentros.

En el acto no se dijo nada nuevo. Los cuatro ponentes defendimos nuestros puntos de vista e intentamos rebatir los de nuestros colegas. Durante el turno de preguntas, un estudiante preguntó cómo se podría explicar la actitud del ejecutivo al que se le habían cruzado los cables para matar a un policía. Me sorprendió que hiciera la pregunta en una jerga tan poco profesional, aunque puede que no le faltara razón y no resultara descabellado hablar de cortocircuito mental para explicar ese incidente.

Para entonces estaba algo más informada sobre el caso porque había seguido lo que se había publicado y emitido en varios medios de comunicación, donde se incluía la opinión de reconocidos psicólogos y psiquiatras que no se ponían de acuerdo entre ellos, algo que es muy común en una ciencia tan

compleja y poco desarrollada, en comparación con otras ramas de la medicina, como es el estudio de la mente.

Se trataba de un hombre de cuarenta y cinco años que trabajaba como subdirector de pólizas de automóviles de la delegación centro de una poderosa multinacional de seguros. Estaba casado, tenía dos hijos y vivía en una zona residencial de alto nivel. Ese hombre carecía de antecedentes penales, no había sido tratado por problemas psicológicos y no había constancia de que consumiera drogas o sustancias psicotrópicas. Su esposa, que estaba bajo los efectos del shock que le había producido la tragedia, había declarado que no percibió ninguna actitud extraña en su conducta en los últimos tiempos, y que el día anterior llegó ilusionado a casa porque había conseguido billetes de avión y hotel para viajar con sus hijos a París y llevarlos a Disneyworld.

Mis colegas de mesa hicieron algunas conjeturas sobre el tema, aunque dijeron que era preciso conocer los detalles de la autopsia para saber si se encontraban restos de alguna sustancia extraña que pudiera dar un nuevo enfoque al tema.

Yo dije que se podría encontrar cierto paralelismo con la actuación de los terroristas suicidas que sacrifican su vida movidos por la sugestión, pero nada de lo que se conocía acerca de ese hombre indicaba que estuviera inducido por factores externos.

Bastó con que hubiera mencionado la palabra terrorismo para que el debate se crispara. La gente estaba muy sensibilizada con el tema y todos tenían una opinión con la que no solían transigir. A continuación se dijeron todo tipo de despropósitos, de los que supongo que yo no permanecí al margen.

Esas reuniones profesionales son un excelente estímulo para que los psicólogos y los psiquiatras desentierren el hacha de guerra para reivindicar su patrimonio sobre el estudio de

la mente. La frontera que delimita ambas especialidades no queda muy clara y en muchas ocasiones se solapan, por lo que es frecuente que haya acusaciones por intromisión.

Cuando llegué a casa no sabía cómo analizar lo que había ocurrido. Entonces decidí escribir una nueva entrada en el blog. Hacía dos años que había creado mi propio cuaderno de bitácora al ver cómo otras personas utilizaban este medio de expresión para dar salida a sus inquietudes, o por el mero hecho de buscar la notoriedad que no podían alcanzar por otros medios. En la red había encontrado algunos blogs que me gustaban y que visitaba con regularidad, y también contaba con ciertos seguidores que opinaban sobre lo que publicaba en mis entradas. Yo nunca había tenido un diario en el que anotara lo que ocurría en mi vida. Tampoco quería hacer algo parecido en Internet, pero pensé que podría ser un buen medio para dejar constancia de ciertas reflexiones que hacía sobre mi profesión, al tiempo que me imponía la disciplina de escribir nuevos textos con regularidad. A mi blog le había puesto el nombre de: 'Los psicoplastas' porque quería darle cierta ironía a los artículos para evadirme de la amargura que está relacionada con los problemas psíquicos.

Me senté frente al ordenador y comencé a escribir una entrada titulada: Perdidos en la mente.

«Cuando los terapeutas, psicólogos y psiquiatras entramos en disputa sobre el estudio de la mente y las atribuciones de cada gremio, un colega argentino suele decir con su especial gracejo: 'Yo sólo laburo haciendo chapuzas en la psique'. Supongo que para muchos profanos debemos ser como los hechiceros de ciertas tribus que con sus conjuros dominan la voluntad de los que les atribuyen poderes mágicos. En ciertas ocasiones me gustaría tener alguno de esos poderes, y no

tanto para condicionar la actitud de la gente, sino para conocer algo tan básico como lo que nos lleva a tomar ciertas decisiones en nuestra vida. Si alguien piensa que los profesionales de la mente tenemos las ideas más claras que el resto de los mortales, está muy equivocado. Estamos sujetos a las mismas pasiones, cometemos errores parecidos en las relaciones familiares, y aquello que en la actitud ajena consideramos patológico, en la propia nos parece normal porque nos cuesta distanciarnos.

Qué complicado es psicoanalizarse frente a un espejo. Llega un momento en que no se sabe quién es el paciente».

En los siguientes días, la única noticia reseñable sobre ese suceso fue el resultado de la autopsia: no se habían descubierto sustancias extrañas en el cuerpo del ejecutivo a las que se pudiera atribuir la enajenación. Parecía ser que la policía y el juez se encontraban en un callejón sin salida y que se verían obligados a archivar el caso porque no hallaban nada útil que pudiera justificar la reacción que motivó el asesinato del policía. El viejo dicho de que ningún crimen queda sin resolver no siempre se cumple, aunque en ese caso el asesino no había escapado ileso, pero nunca se sabría lo que le había llevado a convertirse en un criminal.

Recuerdo que traté de ponerme en la mente de ese hombre, intentando comprender lo que habría pasado por su cabeza para realizar un acto extremo cuando todo le iba bien. Era una costumbre que seguía en aquellos casos que no sabía diagnosticar. En el fondo ese ritual, que también es común entre policías, tiene más de juego que de rigor científico, pero yo lo consideraba útil. Ese crimen se podría entender como una inexplicable actitud macabra si el individuo era conscien-

te de lo que estaba haciendo, o como un trastorno psicótico del que no conocía precedentes si lo hizo de una manera inconsciente, pero pronto dejé de pensar en ese caso porque tenía otras cosas de las que ocuparme.

Desde que me había separado, vivía en un pequeño apartamento de alquiler ubicado en una calle aledaña a la plaza de Mariano de Cavia, muy cerca del Retiro. Había elegido esa zona porque me gustaba dar largos paseos por el parque, siempre variando el itinerario porque ofrece muchas alternativas según la época del año. Durante la primavera la vida brota en todos sus rincones y supone un placer para los sentidos.

En esos paseos no pensaba tanto en los problemas de mi labor profesional como en mi propia situación personal, que no podía definir como feliz, a pesar de que intentaba aparentarlo. Había llegado a identificar la mayoría de mis problemas y hasta sabía el remedio para solucionarlos, pero era incapaz de aplicar la terapia porque cuando estaba sola no era una prestigiosa profesional, sino la muchacha acomplejada que había sido desde que era una niña, la que tenía que obedecer cuando le daban órdenes y la que no podría disfrutar de una vida feliz porque no era la más guapa, ni la más lista, ni siquiera la más simpática. Como mucho, podría aspirar a que un hombre con un buen trabajo me eligiera para formar una familia y convertirme en una sacrificada ama de casa. Para eso me habían educado desde niña, y mi madre se ocupó de repetirlo muchas veces para que no se me olvidara. Ese triste destino que me auguraban se convirtió en un acicate para convertirme en una buena estudiante, e intenté aferrarme a las escasas oportunidades que tuve. La tenacidad es una de mis peculiaridades, y nunca he sabido si incluirla en el capítulo de virtudes o entre los defectos.

Al principio pensaba que mi capacidad para estudiar supondría un medio para salirme del guión que me habían im-

puesto, pero luego se convirtió en un vicio cuando me empeñé en completar mi formación como psiquiatra con la carrera de psicología. Mis compañeros de residencia durante el MIR no comprendían que quisiera seguir estudiando cuando había alcanzado la meta. Ellos decían que llegaba un momento en el que había que rentabilizar lo aprendido porque la vida es demasiado corta para pasársela estudiando. Recuerdo a un compañero que había elaborado una teoría muy concreta sobre el tema. Él hablaba de la proporción 35, 40, 25. Decía que si una persona vivía ochenta años, el 35% de ese tiempo había que dedicarlo a aprender, el 40% se debía emplear en rentabilizarlo al máximo, para que durante el último 25% pudiéramos disfrutar de una jubilación desahogada. Si sus cálculos eran correctos, yo había dedicado la mitad a la primera fase, lo que suponía que me quedara poco tiempo para obtener la rentabilidad necesaria que me permitiera enfrentarme a la jubilación sin claudicar. Supongo que las matemáticas no son mi fuerte, y nunca supe plantearme el trabajo como un medio que me acercara a una vejez confortable.

En aquellos tiempos se decía, aunque puede que la situación no haya cambiado con el paso de los años, que los estudiantes de psicología tenían problemas personales que pretendían resolver estudiando una carrera que les autorizara a analizar los ajenos, en lugar de enfrentarse directamente con las causas que originaban sus propios traumas. A lo largo de mi vida he escuchado muchos disparates de personas que están absolutamente convencidas de que la verdad siempre brota por su boca, mientras yo pocas veces estoy segura de lo que hago o digo. El caso es que ya era una mujer que había cumplido cuarenta años y no podía contemplar el futuro con la ilusión de una muchachita de quince.

Hay una época en la vida en la que se van sumando experiencias enriquecedoras, pero llega un momento en que se in-

vierte el proceso y se comienzan a restar oportunidades. Yo tenía la impresión de que me encontraba en el punto de inflexión con la sensación de que había sumado muchas menos experiencias positivas de las que deseaba.

Tampoco sería justo decir que me encontraba al borde de la depresión, pero sí que pasaba por un periodo de cierto escepticismo sobre el mundo en el que me había tocado vivir y sobre el futuro que se avecinaba, aunque ni en la peor de las pesadillas hubiera sido capaz de crear una situación tan extraña, fascinante y atroz como la que me ha tocado vivir durante los últimos meses.

Había decidido tomarme un año sabático después de pasarme cuatro años trabajando como psiquiatra forense, el primer trabajo fijo que había tenido. No me fue fácil pedir la excedencia porque es tentador contar con un buen sueldo a fin de mes y vacaciones pagadas, pero necesitaba desconectar de esa labor que me resultaba desquiciante por la presión que ejercían los fiscales y abogados para llevarme siempre a su terreno y que la justicia se cumpliera de acuerdo a sus propios intereses. Yo no me considero experta en leyes, aunque tuve que estudiarlas a fondo para obtener la plaza, y debía consultarlas con bastante frecuencia, lo que me parecía farragoso y estresante. Tenía la sensación de que me había equivocado al elegir, a pesar de que fuera la época en que mi madre se mostró orgullosa por mi trabajo, y nunca supe si era porque tenía un empleo fijo o porque las ojeras cada día eran más profundas y me recordaban que nunca volvería a ser joven.

Entre los proyectos que barajaba, y que me habían animado a pedir la excedencia, estaba la publicación de un libro. Una editorial especializada en psicología se había interesado en mi tesis doctoral, que trataba sobre los fines y medios de sugestión psicopatológica de los terroristas suicidas. No digo que mis estudios sobre ese tema fueran mejores que los de

otros especialistas en el tema. Era posible que hubiera tenido más fortuna que ellos, aunque hablar de fortuna cuando se menciona el terrorismo puede sonar a herejía. Desde hacía bastantes años me interesaba por los mecanismos que utilizan ciertas personas, grupos políticos o sectas para alterar la personalidad de ciertos individuos y convertirlos en mecanismos obedientes capaces de ejecutar cualquier orden de destrucción, al tiempo que consideran el suicidio como un acto heroico por el que serán recompensados en la otra vida. Esta es una explicación muy básica, pero no creo que sea el momento ni el lugar para hacer un resumen fiel de las ochocientas páginas que escribí sobre el tema.

Hablaba de fortuna porque tenía muy avanzada la tesis cuando ocurrió el terrible atentado de las torres gemelas de Nueva York, lo que puso de moda el problema. Poco después de defenderla ante el tribunal, se produjeron los salvajes atentados en los trenes de Madrid. La prensa, ante la colosal magnitud de lo que estaba ocurriendo, necesitaba recurrir a especialistas en el tema para encontrar una explicación a esa actitud que resultaba incomprensible para la mentalidad occidental. Supongo que alguno de mis profesores debió recomendarme, y varios medios de comunicación se pusieron en contacto conmigo para que aportara mi conocimiento y lo acercara a los profanos con un lenguaje comprensible.

Durante cierto tiempo salí en algunos programas de televisión y radio y participé en bastantes debates junto a periodistas, sociólogos, políticos, abogados y policías. Eso me concedió cierta notoriedad. A veces pienso que no importan los años que hayas pasado preparándote para desarrollar una labor, cuando con cinco minutos de televisión puedes lograr popularidad y quedar como un sabio, aunque solo digas cuatros cosas básicas que toda la profesión conoce. Considero que también se podría hacer un buen trabajo sobre el poder

de sugestión nociva que ejerce la televisión, aunque ese es un tema que las agencias de publicidad y los partidos políticos tienen muy bien estudiado y saben sacarle beneficio.

Supongo que la editorial que me había pedido transformar la tesis, de un tamaño ilegible para cualquier mortal, en un volumen de trescientas páginas escritas con un lenguaje ase-quible para los no iniciados, esperaba utilizar la popularidad que había logrado para incrementar la venta de ejemplares. Los libros de esa editorial se caracterizaban en mayor medida por provocar polémica que por la búsqueda del rigor científico. En una sociedad regida por la economía de mercado, la psicología no puede quedar al margen cuando puede generar un excelente negocio si se utiliza con fines morbosos.

No había pasado más de una semana desde que asistí a la mesa redonda cuando otro suceso extraño apareció en la prensa. Un constructor embistió con su potente coche a los peatones que esperaban en una parada de autobús, atropellando a cuatro personas, dos de las cuales habían fallecido en el acto. El vehículo se estrelló finalmente contra un árbol y el conductor murió durante el traslado al hospital. En un principio parecía que el automovilista había hecho una maniobra incorrecta cuando iba a gran velocidad, pero algunos testigos dijeron que desde lejos se dieron cuenta de que iba directo a la parada, y en ningún momento trató de frenar o de cambiar la trayectoria. Eso propició que la matanza no fuera mayor porque los que se percataron del riesgo lograron esquivar el impacto. Después se especuló con la posibilidad de que el constructor pudiera estar desesperado a causa de la crisis del sector inmobiliario, pero pronto se supo que sus negocios no pasaban apuros. Los miembros de su familia no lograban explicarse qué le podría haber ocurrido para actuar de esa manera cuando ni siquiera era un hombre que corriera con el coche. Ellos

preferían aferrarse a la posibilidad de que perdiera el control del vehículo como consecuencia de un ataque al corazón o de un derrame cerebral.

En los últimos tiempos no era demasiado extraño que se dieran casos de conductores suicidas. En la mayoría de los accidentes se trataba de jóvenes temerarios que bajo los efectos del alcohol o de las drogas se lanzaban en dirección contraria por las autopistas a jugar con la vida de los que tuvieran la desgracia de cruzarse en su camino. Eso ya había causado la muerte de bastantes inocentes. También se habían dado casos de individuos desesperados que no eran capaces de suicidarse por medios convencionales y optaban por utilizar el vehículo como último recurso para encontrar la muerte. Pero ese caso no encajaba en este grupo porque no existía una explicación para que el conductor quisiera quitarse la vida. El hombre acudía con puntualidad a una cita con un cliente para ultimar los detalles de la compraventa de un inmueble cuando todo indicaba que decidió dar un volantazo y lanzarse contra las personas que esperaban en la parada de autobús.

En ningún medio informativo se relacionaba ese suceso con el del ejecutivo asesino. No existían motivos para asociarlos. Eran dos casos muy diferentes que únicamente tenían en común la ausencia de una explicación razonable. Recuerdo que por entonces yo no era tan suspicaz como para asociarlos porque mi capacidad para sorprenderme por las consecuencias de la estupidez humana carecía de límites, aunque por deformación profesional siempre trataba de encontrar una explicación coherente desde un punto de vista psicológico. A quienes nos dedicamos a estudiar el funcionamiento de la psique, nos molesta reconocer la ignorancia en aquellos temas que nos superan, por lo que en muchas ocasiones damos categoría de teoría científica a simples elucubraciones de nuestra mente calenturienta.

A pesar de haberme separado de Román, de vez en cuando quedábamos a comer o a cenar para hablar de cómo nos iba la vida desde que seguíamos caminos divergentes. La ruptura fue dura, pero no había sido hostil porque no teníamos nada de qué acusarnos, tan solo de que el excesivo celo por nuestro trabajo hubiera dejado poco margen para una relación más íntima. Aquel día nos citamos en una crepería a la que acudíamos con frecuencia durante los años en que vivimos juntos. No era uno de los mejores restaurantes que conocíamos, pero sí fue uno de los primeros a los que fuimos, cuando nuestra economía de becarios no daba para lujos. Teníamos buenos recuerdos de ese local, aparte de que conocíamos a los camareros y nos trataban bien.

Román se había especializado en bioquímica farmacológica. Sus trabajos se publicaban en las mejores revistas, incluso varios laboratorios le habían hecho cuantiosas ofertas para que entrara a formar parte de sus equipos de investigación, pero él se había negado porque no quería estar condicionado por los intereses económicos de una multinacional a la hora de desarrollar sus proyectos. Hasta entonces había realizado experimentos muy complejos gracias a las ayudas que le habían concedido entre las instituciones públicas y fundaciones privadas. Vivía sumido en una situación de incertidumbre porque su trabajo exigía de plena dedicación y de la seguridad de disponer de mucho tiempo por delante para realizar los ensayos necesarios, lo que siendo becario resultaba imposible porque estaba supeditado a los caprichos de las diferentes entidades que aportaban los fondos, aunque los gobernantes lo llaman política de investigación y desarrollo.

Román parecía diferente esa noche. No era el hombre apagado y retraído que bajaba la mirada y al que le costaba hablar de lo cotidiano. A veces tenía que recurrir a toda mi experien-

cia psicológica para lograr que expresara sus sentimientos. Incluso llegué a pensar que necesitaba seguir una terapia en la que yo no debería participar, pero él se sentía muy molesto cuando le sugería el tema. Yo no pretendía decir que no fuera una persona sana, pero tenía una serie de complejos y taras afectivas que no se podían compensar con la posesión de un cerebro privilegiado para la ciencia. Sabía que él se había esforzado para que nuestra relación siguiera adelante, hasta que un día me di cuenta de que no podía exigirle que se sacrificara para que los dos fuéramos felices, por lo que era más honesto marcharme. Al principio parecía que le había dolido mi decisión, aunque más de una vez pensé que Román había llevado la situación al límite para que yo asumiera una responsabilidad que él no se hubiera atrevido.

Una semana después recogí mis cosas y me trasladé al apartamento donde vivía. El también se mudó al poco tiempo porque el piso que compartíamos era grande y no podía hacerse cargo del pago del alquiler. Durante las siguientes semanas no mantuvimos contacto, pero un día lo llamé para ver cómo estaba, y desde entonces solíamos quedar cada dos meses.

Llevábamos casi tres años separados y más de una vez llegué a pensar que nuestra relación hubiera sido perfecta si hubiéramos vivido siempre alejados y con encuentros esporádicos cuando nuestras obligaciones los permitieran. Supongo que no se trata de un descubrimiento trascendente porque es una conclusión a la que llegan muchas parejas, sobre todo las que no tienen hijos, aunque muy pocas se atreven a hacerlo.

Román pidió una botella de vino porque quería brindar conmigo acerca de dos importantes novedades que iban a cambiar su vida. Dijo que una prestigiosa universidad americana le había ofrecido un contrato de cinco años para que pudiera seguir investigando, con la condición de que diera dos

clases a la semana para postgraduados y participara en un programa de conferencias en colaboración con otras universidades. Las condiciones económicas que le ofrecían eran excelentes y podría renovar indefinidamente el contrato si estaba a gusto. Yo me alegré porque se merecía una oportunidad de ese calibre para demostrar su capacidad sin estar presionado por la obtención de resultados inmediatos.

Brindamos para celebrar la recompensa a su perseverancia. Entonces le pregunté cuál era la otra novedad que quería contarme. Noté que su gesto cambió y la sonrisa que mostraba se tornó en una mueca que ya conocía y que yo asociaba a cuando él tenía complejo de culpa.

—¿He conocido a una mujer?

—Eso es algo natural y hasta saludable.

—Creo que estoy enamorado de ella.

—Enhorabuena. ¿Lo está ella de ti?

—Eso me dice.

—Supongo que me podrás dar algunos detalles de esa mujer que ha conquistado tu corazón.

Pienso que Román no quiso mostrarse efusivo para que no me sintiera dolida por la comparación que pudiera hacer con su nueva pareja. Me dijo que hacía casi dos meses que le habían hecho la oferta de trabajo, aunque le concedieron un mes de plazo para dar una respuesta. A pesar de que su nivel de inglés era bueno, decidió recibir clases intensivas para sentirse respaldado por el conocimiento del idioma porque no quería hacer el ridículo cuando diera una conferencia. Una compañera le habló de una amiga que acababa de llegar de Londres, donde se había especializado en filología inglesa. Ella quería dedicarse a la traducción y a dar clases particulares alejada de las academias. Dos días después quedó con Eva para ver si se entendían bien y era posible cuadrar los horarios. Después de dos semanas de clases diarias, era incapaz de ver-

la sólo como una profesora de inglés. Un día se animó y la invitó a cenar, aunque ella en principio se negó porque no quería mezclar el trabajo con su vida privada. Cuando Román aceptó la oferta de la universidad, insistió en invitarla porque quería celebrar con ella el éxito de las clases y el profundo cambio que se avecinaba. Durante la cena, y animados por el vino, comenzaron a hablar de sus vidas y del camino que habían seguido. Descubrieron que tenían muchas cosas en común, por lo que esos encuentros se repitieron varias veces. Y, por último, hacía dos días que había reunido el valor suficiente para pedirle que se fuera con él a San Francisco, donde Eva podría desarrollar su carrera como traductora, y ella había aceptado.

—Supongo que aparte de ser una mujer inteligente, debe de ser joven y guapa.

—Tiene veintiocho años y me parece muy guapa, pero lo más importante es que nos entendemos muy bien.

—Lástima que nosotros no nos comunicáramos en inglés.

—Pareces molesta por el tono en que lo dices.

—No, no estoy molesta porque hace tiempo que asumí que nuestra relación carecía de futuro. Yo no me habría ido contigo a San Francisco. En la vida hay que elegir continuamente, y es una pena que a veces no se pueda compatibilizar todo aquello por lo que se tiene interés. Aunque, por desgracia, las mujeres tenemos menos tiempo para elegir que los hombres. Nuestra fecha de caducidad llega antes, sobre todo si se quiere formar una familia. Te deseo que seas feliz junto a Eva, y espero que consigáis sacar adelante lo que nosotros no fuimos capaces de lograr.

Cuando Román me dejó esa noche en la puerta de casa, no me sentía dolida porque él hubiera elegido a una mujer más joven y más hermosa. Me sentía dolida conmigo porque el tiempo pasaba y veía que las oportunidades se alejaban.

Por mucho que me cuidara, y aunque mi aspecto no se correspondiera con el de muchas mujeres de cuarenta años, sentía que el paso del tiempo era devastador. Un hombre de cuarenta y cinco años se empareja con una muchacha de veintiocho y parece lo más natural del mundo, mientras una mujer de cuarenta años que vive sola y no tiene hijos se sale del concepto de lo que la sociedad entiende por normal.

Antes de dormir me senté ante el ordenador dispuesta a escribir una nueva entrada para mi blog, pero lo dejé al poco rato porque no era capaz de encontrar un enfoque irónico para expresar lo que sentía.

Aquella mañana tenía cita con la dentista. Hacía casi un mes que había comenzado el saneamiento de mi boca, que incluía varias endodoncias y la colocación de un puente entre dos muelas de la mandíbula inferior. Por fortuna, la dentista era mi mejor amiga, Rocío, lo que repercutía tanto en el coste como en el trato que me daba. Habíamos comenzado juntas a estudiar la carrera en la facultad de medicina. Esa amistad se mantuvo durante los siguientes cursos porque compartíamos clases, prácticas y apuntes, pero a la hora de elegir especialidad ella se decantó por la odontología, y creo que eligió bien. A Rocío no le atraía la labor investigadora. Quería trabajar en un hospital hasta que pudiera montar su propia clínica dental, aparte de formar una familia. Todo lo que se propuso lo fue consiguiendo, y al cumplir los treinta años ya se había casado con un asesor financiero y tenía su propia consulta.

Diez años después, Rocío acababa de inaugurar una moderna clínica en la que no faltaban pacientes, y además tenía dos hijos. A veces me preguntaba cómo lo había conseguido para llevarlo todo al día. Reconozco que la envidiaba porque fue consecuente con sus planes, a pesar de haber pasado bastantes apuros para pagar los préstamos.

Ese día acudí para que me sacara el molde del puente y me hiciera una endodoncia. Durante la visita le conté la cena con Román, y ella aprovechó que tenía la boca abierta y no podía responder para contarme sus impresiones.

—¡Qué fácil es ser hombre! No tienen la regla, no se quedan preñados y a la edad en que a nosotras nos llaman viejas, ellos son unos maduros interesantes que siempre encuentran a una jovencita que los consuela de sus penas. Claro que peor sería tener al lado a uno de esos miserables que se ensaña con su esposa hasta matarla. Este mundo está muy mal organizado, y tú deberías saberlo mejor que nadie porque conoces lo que se cuece en el cerebro y que tanto daño hace. Yo creo que no tienes nada de qué lamentarte. Todavía eres una mujer joven y atractiva que no tiene compromisos y que no dependes de nadie que te mantenga. Aprovecha el tiempo y disfruta de lo que encuentres. Sería una pena que con la boca que te estoy dejando no te dieras largos morreos con alguien que lo merezca. Si yo estuviera en tu lugar, no creo que perdiera el tiempo.

—Tú siempre dices que eres muy feliz con tu marido y tus hijos —pude decir en un momento de tregua.

—Sí, supongo que siempre lo digo, pero no creas que todos los días lo pienso. Hay veces en que le diría a Isidro que se marchara durante un mes con los chicos porque necesito estar sola y no aguanto más, pero luego no me atrevo. Creo que no sabría estar sin ellos, y me gusta que quieran estar a mi lado. Ya sabes que siempre he sido una aventurera de boquilla, pero tú lo puedes ser en la práctica, y me gustaría saber qué se siente.

A Rocío le encantaba hablar, y su profesión le venía muy bien porque su interlocutor sólo podía darle réplica cuando apartaba el aspirador de su boca y apagaba la turbina, pero me gustaba escucharla porque era vital y divertida.

Al salir de la consulta iba pensando en lo que me había dicho Rocío. Me preguntaba qué era ser aventurera. Para una

mujer casi siempre se utiliza de una manera despectiva, como un sinónimo de golfa, mientras en los hombres implica firmeza e independencia. En cualquier caso, mi relación con la aventura era fruto de la fantasía.

Para compensar mis carencias afectivas, me empleaba con disciplina tratando de concluir el libro en el plazo que me había marcado el editor, y participaba en aquellos actos docentes y divulgativos que me ofrecían a través de fundaciones, laboratorios o asociaciones profesionales.

Apenas si recordaba los extraños sucesos que habían dejado de ser noticia en los periódicos, cuando un nuevo incidente ocupó las portadas de toda la prensa y abrió los telediarios de las diferentes cadenas de televisión.

Un seguidor de un club de fútbol había acuchillado a su ídolo cuando el jugador se dirigía junto al resto del equipo hacia el hotel donde quedarían concentrados para el partido de liga del domingo. El agresor, aprovechando que el futbolista se había detenido para firmar un autógrafo a un niño, se abalanzó sobre él y le dio varios navajazos. La rápida intervención de otros aficionados había impedido que culminara su crimen. Las agentes del orden, a pesar de que se encontraban muy cerca, no pudieron evitar la agresión. Tampoco lograron capturar al criminal con vida a causa de los golpes que recibió de los hinchas más exaltados. Parecía ser que su muerte se produjo por las patadas que le dieron en la cabeza un grupo de ultras que se encontraban entre los forofos que esperaban a los futbolistas. Varias cámaras de televisión habían grabado imágenes de la agresión y se repetían una y otra vez. En los informativos se dijo que la vida del futbolista no corría peligro gracias a la rápida intervención de los médicos, pero las secuelas causadas por las heridas amenazaban su carrera deportiva, y ningún especialista se atrevía a asegurar su regreso a los estadios.

Ese intento de asesinato provocó un enorme revuelo social. Los futbolistas de los equipos grandes cuentan con mayor seguimiento informativo que los dirigentes políticos. En todos los ámbitos se trataba de encontrar una respuesta a lo que había pasado por la cabeza de ese hombre para acuchillar al jugador que más admiraba. Había quien comparaba ese caso con el asesinato de John Lennon a manos de Mark David Chapman, supongo que por la repercusión que alcanzaba en los medios de comunicación. Yo pensaba que había unas diferencias abismales, aparte de que en aquel caso había muerto el ídolo y el asesino había quedado con vida, mientras en el más reciente había ocurrido lo contrario. El agresor del futbolista no respondía al perfil de un psicópata que estuviera obsesionado con su ídolo. Ni siquiera estaba relacionado con los grupos radicales que iban a montar bronca en los estadios. Era un hombre de cincuenta años que trabajaba como encargado de almacén de una ferretería industrial, y tenía por costumbre ir a los partidos de fútbol acompañado de sus hijos. Ese día había acudido para ver la llegada de los futbolistas junto a su hijo de quince años porque el chico quería hacerse fotos con los jugadores. El muchacho se había quedado brutalmente traumatizado después de contemplar la inesperada acción de su padre y ver cómo era linchado por parte de los presentes antes de que la policía fuera capaz de frenar la turbamulta.

Otro crimen absurdo, pensé. Parecían demasiados en poco tiempo y en una sola ciudad para hablar de una simple casualidad, aunque resultaba imposible encontrar un nexo de unión entre los tres incidentes que fuera más allá de un trastorno mental transitorio e instantáneo, algo que la psiquiatría no contempla porque aquello que algunos llaman enajenación mental transitoria siempre está precedida de ciertos síntomas de desequilibrio emocional, aunque no todos los que tienen esos síntomas realizan actos violentos.

La pregunta que me hacía era si podrían existir unas circunstancias externas que hubieran alterado la actitud de esas personas, y si eso se podría extender a nuevos casos hasta convertirse en algo parecido a una plaga. Desde un punto de vista racional y profesional, eso era una barbaridad, pero me gusta jugar con la fantasía cuando algo se escapa de mi capacidad de comprensión. De hecho, cuando era más joven fui muy aficionada a la literatura fantástica y de ciencia ficción. Supongo que eso había sido determinante para que me interesara por el funcionamiento del cerebro, tanto en su parte fisiológica como en la manera que tiene de procesar la información y determinar la conducta de las personas.

La autopsia de ese hombre confirmó lo que ya sospechaba. No se habían encontrado restos de alucinógenos o de cualquier otra sustancia que pudieran explicar un comportamiento tan extraño en alguien que nunca había sido tratado por trastornos psíquicos.

En ninguno de los medios de comunicación se habían relacionado los tres casos. Casi todos estaban más preocupados en aprovechar el revuelo social creado por el último, y se preguntaban si los deportistas y famosos estaban a salvo de los impulsos incontrolados de sus propios seguidores. Esto dio argumento para que los programas de televisión que se nutren de remover la basura encontraran un filón para incrementar su audiencia, y aparecieron supuestos especialistas en esos temas que no paraban de decir todo tipo de barbaridades con tal de aprovecharse de la popularidad que otorgan las cámaras. Uno de esos programas se puso en contacto conmigo, pero me negué a asistir alegando que no tenía una opinión formada sobre ese tema. Pagaban bien y me hubiera servido para recuperar cierta notoriedad, pero después de la tragedia que se produjo en el aeropuerto de Barajas en agosto de 2008, había decidido que no merecía la pena participar del negocio

del morbo a costa de los que estaban sufriendo por la pérdida de sus familiares. Era algo que había hecho en otro tiempo y que no me interesaba repetir, a pesar de que a mi editor le hubiera sido muy útil mi presencia en televisión para promocionar el libro cuando lo publicara.

Una semana después tuve que asistir a un nuevo compromiso profesional. Era ponente en un ciclo de conferencias de psiquiatría que organizaba una fundación dedicada al estudio de las enfermedades mentales, y que se celebraba en el salón de actos de un céntrico hotel de Madrid. El tema de mi charla era: «La sugestión como fuente del terror organizado». En esa ponencia defendía la teoría de que hay varias maneras de lograr que una persona en apariencia normal se deje sugestionar hasta convertir su propio cuerpo en un arma que esté al servicio del terror.

Los organizadores me habían pedido que la charla fuera de cuarenta minutos para disponer de tiempo para que se produjera el debate con los presentes. Eso era lo habitual, y las preguntas que escuché no me sorprendieron porque ya les había dado respuesta en otras ocasiones.

Cuando parecía que no iba a haber más preguntas, vi que un hombre se levantaba con el micrófono en la mano y me preguntó si era posible sugestionar a un individuo desde la distancia, sin que él fuera consciente, para convertirlo en un asesino carente de voluntad propia. Respondí que parecía un argumento propio de una película de ciencia ficción, aunque con los conocimientos que teníamos sobre el funcionamiento del cerebro, era muy arriesgado realizar cualquier conjetura sobre lo que podría ocurrir en el futuro. Yo pensaba que todavía nos encontrábamos bastante lejos de encontrar una puerta de acceso al cerebro por la que pudiéramos introducir órdenes desde el exterior sometiendo la voluntad del receptor.

Ante mi respuesta, una asistente se refirió a la hipnosis como medio para penetrar en el cerebro, pero yo respondí que la hipnosis necesitaba de unas condiciones específicas, y no era posible programarla desde la distancia para que modificara la actitud de una persona en un momento preciso y sin que los que estuvieran cerca se percataran de que estaba en trance. Entonces la tertulia se animó bastante y se escucharon todo tipo de conjeturas, algunas de las cuales parecían más propias de periodistas sedientos de primicias que de profesionales del estudio de la mente.

Al terminar el acto, y tras recibir los parabienes de los organizadores, recogí mis notas y me dirigí hacia la salida, después de saludar a algunos de los asistentes que conocía de otros encuentros o por el trabajo realizado en los juzgados.

En la calle, cuando iba hacia la parada del autobús que me dejaba al lado de casa, se acercó el hombre que había provocado la controversia y me preguntó si tenía tiempo para tomar un café. No lo había visto en otras charlas o congresos profesionales, y no tenía aspecto de ser uno de esos profesionales obsesivos que se empeñan en defender sus propias teorías en cualquier foro y ante todo el que se acerque.

Acepté su propuesta y caminamos hasta una terraza situada en el paseo del Prado. La noche era muy agradable y esa zona de la ciudad estaba llena de turistas que habían hecho la ruta de los museos. El hombre se presentó como Héctor Varela, inspector de policía.

—Espero no haber cometido un delito.

—No me consta, aunque me temo que nos encaminamos hacia una sociedad en la que todos seremos sospechosos hasta que seamos capaces de demostrar la inocencia.

—Interesante reflexión para proceder de un policía.

—Supongo que soy de la vieja escuela, de los que preguntan primero y tan solo golpean cuando no hay otro argumen-

to válido. Aunque le aseguro que en este caso solamente me interesa la primera opción, y tiene derecho a guardar silencio si no considera procedentes mis preguntas.

—Es un consuelo. Pero antes de que inicie el interrogatorio, me gustaría hacer la primera pregunta.

—De acuerdo.

—¿Es habitual que los inspectores de policía asistan a los encuentros profesionales relacionados con la psicopatología?

—No es frecuente, pero aparte de policía, soy un hombre bastante curioso que suele utilizar su tiempo libre de una manera poco convencional. Y la psicología es una de mis debilidades.

—Supongo que no ha asistido sólo en busca de entretenimiento.

—No, no ha sido ese el motivo. En realidad quería conocerla desde hace algún tiempo.

—¿Por qué?

—Yo también tengo algunos conocimientos sobre lo retorcida que puede ser la mente humana cuando se propone destruir. Muchos menos que usted, si he de ser sincero, pero no soy totalmente lego en la materia.

—Entonces será más fácil entendernos.

—Cuando se produjeron los terribles atentados en los trenes de Madrid, vi algunas de sus intervenciones en televisión, y pienso que sus palabras fueron de las más coherentes que se dijeron en aquellos momentos en los se escucharon tantos disparates.

—No todos opinaron del mismo modo, aunque de eso ha pasado mucho tiempo para que de repente tenga interés por conocerme.

—A raíz del intento de asesinato del futbolista, muchos especialistas han vuelto a aparecer en los medios de comunicación, y he echado de menos su presencia.

—Creo que no tenía nada nuevo que decir, y ya se acabó mi ciclo en televisión. No me interesa la popularidad ni convertirme en una creadora de opinión.

—Esto último lo entiendo, pero en lo de mantenerse en silencio, lamento decirle que no la creo, sobre todo cuando se están escuchado tantas estupideces. Hasta los periodistas deportivos presumen de grandes conocimientos sobre enfermedades mentales.

—¿Qué es lo que cree usted?

—Reconozco que estoy totalmente perdido, pero me duele cerrar ese caso como un trastorno mental transitorio del que nunca sabremos la causa.

—Por lo que sé del tema, se trataba de un hombre sin antecedentes penales ni traumas psicológicos que era feliz con su familia y que no tenía problemas económicos.

—Así es.

—¿Tenía idolatrado a ese futbolista?

—No más que a otros. Era un seguidor fiel del equipo que acudía a todos los partidos, pero no era un forofo acérrimo. No creo que pretendiera asesinar a su ídolo para arrebatarle la fama, y menos delante de su propio hijo.

—Pero iba armado.

—Con una navaja multiusos que habitualmente utilizaba como herramienta.

—Creo que no puedo darle una explicación aceptable desde un punto de vista científico para lo que cuenta. No conozco ningún medio de sugestión que pueda actuar instantáneamente y sin dejar rastros previos y evidentes en la actitud de una persona.

—Yo tampoco encuentro una respuesta que me deje la conciencia tranquila, y mi trabajo consiste en dar explicaciones que mis superiores puedan trasladar a la opinión pública sin miedo a hacer el ridículo.

—Este es uno de esos casos en los que debemos admitir que el conocimiento que tenemos de la mente humana no es lo bastante amplio para saber todas las respuestas.

Héctor se quedó mirándome en silencio, como si estuviera resignado a que yo tampoco le sugiriera algo a lo que agarrarse. En ese momento podría haber terminado mi colaboración con la policía, pero lo que tenía de reservada en las relaciones personales, se convertía en indiscreción cuando tocaba el trabajo. Y, por otra parte, no tenía prisa por marcharme a casa.

—Supongo que la falta de respuesta ante un crimen puede ser tolerable de tarde en tarde, pero que ocurran tres casos parecidos en la misma ciudad y en poco tiempo es algo que, como profesional, me deja una profunda desazón.

—¿Tres casos? —preguntó al tiempo que se le iluminaban los ojos.

—No conozco en profundidad cómo se están desarrollando las investigaciones, pero supongo que el caso del ejecutivo que mató al policía, y el del constructor que embistió contra las personas que esperaban al autobús se pueden englobar en una categoría similar.

—No sabe lo que me alegro de que lo haya dicho. Pensaba que me estaba volviendo loco al ser el único que se había planteado esa hipótesis.

—Desde un punto de vista policial, en el que hay que encontrar un móvil para cada crimen, está claro que los fines que perseguían los agresores eran muy diferentes. Pero lo que los iguala es la utilización súbita de la violencia sin una provocación previa, y por mi formación, estoy obligada a pensar que no se trata de una casualidad hasta que alguien me lo demuestre. Pienso que se trata de un tema digno de ser analizado, aunque es una pena que los tres agresores hayan muerto. Esos hombres tenían muchas cosas que decir.

Héctor cambió la forma de mirarme. Parecía que tenía unas ganas enormes de hablar, pero al mismo tiempo debía ser prudente hasta que se asegurara de mi discreción.

—¿Y si le dijera que podrían existir más casos?

—¿Es cierto?

—Apenas si han tenido trascendencia en los medios de comunicación porque no han causado muertos.

—Entonces diría que el tema comienza a ponerse muy interesante —reconocí con cierta perplejidad.

Héctor comentó que, después del escándalo por la agresión al futbolista, buscó información sobre una serie de casos extraños que habían ocurrido en los últimos meses, aunque reconoció que no había tenido tiempo para analizar a fondo los expedientes y que era muy pronto para tener una opinión fiable. Sus jefes no estaban al tanto de lo que estaba haciendo porque sabía que si sus elucubraciones trascendían a la opinión pública se formaría un tremendo revuelo que tendría graves consecuencias políticas, y eso era lo primero que había que evitar.

—¿Qué es lo que pretende que yo haga?

—Me gustaría contar con su apoyo profesional para confrontar los datos que vaya obteniendo, siempre y cuando me prometa la más rigurosa discreción.

—¿Qué obtendría a cambio?

—Supongo que podría conseguir algo de dinero de los fondos reservados, en el caso de que su labor sea útil para hacer importantes avances en la investigación.

—Reconozco que eso no es lo que más me preocupa, a pesar de que mi situación económica no sea holgada. Digamos que me interesa mucho más el reto que supone encontrar una explicación a lo que no la tiene. Me comprometo a colaborar siempre y cuando pueda disponer de los mismos datos que maneje usted.

–Se lo prometo, aunque debo tener la certeza de que no va a utilizarlos públicamente.

–Soy lo suficientemente inteligente para saber dónde se encuentra el límite de la irresponsabilidad, y no acostumbro a romper los compromisos que adquiero.

–No lo dudo, pero comprenda que estoy obligado a decirlo. Cuando se maneja un tema tan delicado, me gusta que todo quede claro desde el principio.

–Supongo que a partir de ahora podremos tutearnos –dije para romper la tensión.

–Sería un buen comienzo. Cuando reúna toda la información sobre esos casos extraños te llamaré –dijo antes de entregarme su tarjeta. Yo me disculpé por no tener tarjetas y le apunté mi número de teléfono en un trozo de papel que arranqué de las notas que utilizaba para la ponencia.

Al llegar esa noche a casa me sentía bien, y no tanto por el hecho de que se me abriera un campo de investigación que parecía vedado y que me fascinaba. También ayudaba que el policía que me lo había propuesto pareciera un hombre muy interesante. No daba la impresión de ser un prepotente, sabía de lo que hablaba y escuchaba con interés, aparte de que no escondía la mirada y se notaba que era algo natural en él. Nada tenía que ver con la mirada forzada de los policías cuando están interrogando a un detenido.

Esa noche me encontraba animada y decidí que era el momento de completar una nueva entrada de mi blog sobre una idea que había tenido unos días antes. Notaba que escribía con más fluidez que otras veces.

«Reconozco que no soy una buena contadora de chistes, a pesar de que el tema de la psicología es muy recurrente para provocar la risa, y es habitual que nos gastemos bromas entre los profesionales para paliar